

# EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

**RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD**

**Y ÓRGANO DE**

**LOS CIRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS.**

FUNDADOR Y DIRECTOR:

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,  
Canónigo magistral.

CENSOR ECLESIASTICO:

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,  
Canónigo penitenciario.

## SECCION DOCTRINAL.

¿Merecen llamarse cristianos los que injurian, ridiculizan ó no dan el honor debido al sacerdocio católico?

### III.

Los que se llaman católicos, y quieren llevar tal nombre dignamente, se encuentran en la estrecha obligacion de respetar á sus sacerdotes; en ningun caso han de constituirse en jueces de las acciones de sus maestros en la fé.

A los simples fieles se ha dicho en las Escrituras: «Dad honor á Dios y á los sacerdotes;» «No toqueis á mis ungidos.» Y dirigiéndose Jesucristo á sus discípulos añade: «El que á vosotros oye á mí me oye, el que á vosotros desprecia á mí me desprecia.»

Jesucristo, nuestro Señor y Dios nuestro, advierte que los jefes y sacerdotes de la Religion no son

impecables, y que sus faltas no deben debilitar en lo mas mínimo el respeto que merece su grande dignidad: «Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Todo cuanto os dijeren observadlo y hacedlo; segun sus obras no querais hacer nada (Math. 23).»

Tal es la doctrina que aprenden los cristianos en la palabra de su Maestro. «Debe aumentar nuestro respeto el entender que una Iglesia, que con tan frágiles medios se sustenta inmovilmente, no puede menos de que Dios la sostenga (Catec. Filos).» La conducta hoy por muchos observada contradice la voluntad de Dios.

Engendro de la reforma el *libre examen*, que en todo penetra para desconcertarlo todo con su inapelable destructor juicio, queria hacer su casa del santuario del Señor; y el magisterio infali-



ble de la Iglesia, regla de fé, recházalo con energía, evitando así á la familia católica efectos horribles de lucha incesante entre la soberbia, erigida en suprema razón, y la hermosa caridad que quiere armonía entre los hermanos bajo la dirección admirable de la santa misericordia, la cual aconseja ocultar las flaquezas del prójimo y también manda el perdón de los agravios.

El que injuria hoy al clero, y lo ridiculiza y lo deprime, es porque bebe en fuentes de doctrina cenagosa donde se leen palabras como las que siguen: «Todo el que emplee sus fuerzas, su persona y su fortuna en destruir vuestros obispos, y en aniquilar el gobierno de los obispos, es amigo de Dios, es un verdadero cristiano y enemigo de las instituciones del diablo. Al contrario, todo el que sostiene el gobierno de los obispos, y los obedece voluntariamente, es ministro de Satanás.» El que escribió estas engañosas frases se llamaba Martín Lutero, el autor de la Reforma (*Adv. fals. Nomin. tom. 2, Oper. gen. an. Dom. 1525.*)

Siguiendo las limpias huellas de su honrado maestro, racionalistas ó libre-pensadores, descendientes por línea recta de los cismáticos protestantes, llevan su atrevimiento á lo sumo cuando

es menester presentarse como enemigos del sacerdocio. Humilladas y confundidas por atroz calumnia las personas eclesiásticas, pasan esos impíos detractores de todo lo bueno y santo á censurar las disposiciones que emanan de la autoridad religiosa. Aún no han tenido los jefes de la Iglesia el gusto de tomar un acuerdo que merezca la conformidad, mucho menos los aplausos de esas gentes. Los obispos deberían oír los consejos de tales críticos ántes de hablar á sus diocesanos; el Papa no ha enseñado ni obrado racionalmente una sola vez, como Obispo universal y Jefe supremo de la sociedad cristiana: siempre han disgustado sus palabras y sus obras á los nuevos doctores que han salido en los últimos tiempos á la Iglesia de Dios. ¡Son tan sábios y tan fervientes católicos los neo-reformadores...!

Segun ellos, todo el clero está fuera de camino. Verdad es que siempre en sus escritos ó discursos encuéntrase aquello de las *honrosas excepciones*; mas esto no basta. Por el contrario, á nosotros se nos antoja que la *excepción* aludida es cabalmente la *pequeñísima* porción de clérigos que han olvidado el cumplimiento de sus gravísimos deberes.

¡Hermosa es la regla evangélica-



ca para este asunto! El Evangelio nos dice que ha sido dado al sacerdocio el apacentar el rebaño de Dios. Para el que cayó en la culpa, el Evangelio nos prescribe la ley de caridad que, dando comienzo en la correccion fraterna, acaba en el deber de decir á la Iglesia el crimen de nuestro hermano reincidente. En ningun capítulo del Evangelio leemos que sea lícito arrojar el nombre y buena fama del infelíz que ha delinquido, en medio de la murmuracion inclemente de turbas sin conciencia, como juguete de los que pueden hacerlo víctima de sus errores.

¡Ah! ese incalificable comportamiento de muchos malos católicos, exclusivamente dedicados, segun parece, á descubrir faltas de toda clase en los pobres clérigos para publicarlas despues aumentadas y ennegrecidas con feo borron, puede traducirse literalmente por ódio criminal á la divina gerarquia existente en la Iglesia.

Hablar con cínica grosería del sacerdote humilde y resignado, se ha hecho de moda en nuestra desgraciada España. Se preconizan los adelantos nacionales á medida que los españoles se ponen, por sus costumbres impías, en la línea de progreso en que se encuentran hoy las naciones mas

anticatólicas é infames. Entre nosotros se hace gala de vivir libres del yugo clerical, y no se considera espíritu fuerte y hombre sábio á quien no escarnece el sacerdocio.

Y ¡cosa digna de ser tomada en consideracion! Miéntras los malos españoles van acercándose á Lutero, los viejos anglicanos se apresuran á volver las espaldas al impostor. No hay en Inglaterra quien no aplauda estas valientes afirmaciones del célebre Hooker (*Eccles. Polit. B. V. art. 77:*) «El ministerio eclesiático es una funcion divina, instituida por el mismo Dios, de quien toma su autoridad, y en muy diferente manera de la que reciben la suya los príncipes y magistrados civiles: que es una ceguedad criminal no admirar el poder tan grande de que el clero está revestido, ó suponer que algun otro que Dios pueda darle: que esta autoridad consiste en un poder sobre el *cuerpo místico* de Jesucristo (que son los fieles) por la remision de los pecados, y sobre su *cuerpo natural* en el sacramento de la Eucaristía; poder que la antigüedad llama potestad de consagrar el cuerpo de Jesucristo.» Esto dicen los anglicanos viniendo hasta nosotros. Triste cosa es que miéntras tanto los fieles se vayan de nosotros á Lutero!



No lo harán cuantos conozcan y mediten sobre la siguiente frase de un gran hombre muy venerado por su ciencia y santidad: San Gerónimo dejó escrito «donde no hay sacerdocio, no hay Iglesia».

Recuerden siempre los fieles cristianos que para pertenecer á la Iglesia católica, sociedad única en que se encuentran medios de salvacion, son indispensables estas tres condiciones: la profesion de la fé de Cristo, la participacion en sus sacramentos, y la obediencia á sus legítimos pastores. Los que *culpablemente* mueren en la herejía ó en el cisma no pueden esperar salud.

Concluamos con una pregunta. ¿Son cismáticos aquellos que no obedecen las decisiones de los prelados, y se mofan de la autoridad y dignidad del sacerdote, y ponen en ridículo tan santo ministerio, aún cuando digan muy alto que tienen por suyo y públicamente profesan el *Credo* de los católicos?—*M. G. F.*

### LAS CIENCIAS, LAS ARTES Y EL CATOLICISMO.

Escrito laureado con el primer premio en el certámen de la Juventud Católica Cordobesa: 9 de Diciembre de 1877.

FIAT LUX.

«Hágase luz,» dice la sociedad moderna endiosada con la falaz aureola del progreso material. «Rasguense para siempre los tupidos ve-

los de la ignorancia, y vean los pueblos cuánto se debe á la filosofía cultivada por los hombres contemporáneos, que han despertado á las ciencias y á las artes de su letargo, haciéndolas tomar la parte mas principal en el concierto civilizador de la actual sociedad: la antorcha de los adelantos ha sido encendida en los hornos de carbon de piedra; la palabra que pronunciamos la repite, trasmitida por el alambre, un aparato instalado á millones de leguas distante de nosotros; caminamos por la superficie de la tierra con una velocidad de cien kilómetros por hora; los artistas nos hacen retratos instantáneos; una pila galvánica repite las esculturas en metales; más ligeros que el aire que nos rodea, nos elevamos al espacio y allí queremos contrarestar las corrientes del viento, navegando por la atmósfera; nuestros vestidos los tejen y cosen las máquinas de vapor: esto es lo bueno; esto es lo grandioso; esto es lo que ha de influir en el porvenir del hombre para su perfectibilidad; no el fanatismo cuya venda le cegaba. Pensar y creer que con supersticion ha de darse un paso más en la senda del ideal filosófico, es un absurdo. Basta ya de yugo religioso; él impidió que se desarrollaran á tiempo conveniente las teorías científicas y artísticas que ilustran á la actual sociedad. Aquel sistema era imposible de producir nada bueno. Nada sin vosotros».



Estos ó análogos apóstrofes oímos á cada momento, y áun hemos escuchado en cierto alto cuerpo científico á uno de sus individuos, estas ó parecidas palabras. «Que hasta muy avanzado el siglo XIX no se han sabido verdaderamente las ciencias;» añadiendo otros, «que el arte no ha tendido las alas con libertad, hasta que el génio, sacudiendo imposiciones, nos ha mostrado que no consiste aquél en pintar santos é historia, sino que es el verdadero arte el copiar convencionalmente las costumbres de actualidad en sus mas vulgares episodios, para satisfacer la curiosidad de los extranjeros.» Para estos pensadores nada vale la historia cuando abre el libro de los sucesos y enseña sus brillantes páginas; ningun mérito tiene lo que hasta hoy se ha hecho, y llaman oscurantismo y barbárie á todo lo que no sea hijo del libre exámen: acusan á la iglesia de ser la rémora de todo lo útil y provechoso; la tachan de retrógrada y egoista cuánto de poco protectora de las ciencias y las artes, y para hacer luz, puesto que nos arrojan el reto, debemos consagrar estas páginas al esclarecimiento de algunos hechos y á la esposicion de ciertas consideraciones, encaminadas á manifestar todo lo contrario de cuanto aquellos dicen; consiguiendo aquí que «todas las ciencias y las artes reciben grande auxilio é impulso de parte de la Iglesia católica.»

Para desarrollar y tratar el asunto como merece era necesario dar proporciones á la obra, mas como nuestra idea es la de que sirve de propaganda este modesto folleto, al contenerle dentro de reducidos limites, creemos que no con grandes argumentos, sino con la lógica inflexible de los hechos debe conseguirse el fin que nos proponemos y la prueba mas plena de la verdad.

Los acontecimientos y sus consecuencias son los abogados de nuestra causa: el tiempo y la historia son los testigos que presentamos.

Oidlos y juzgad.

#### EL PRIMER TIEMPO.

Hacia cerca de trescientos años que estaba fundada la Iglesia: millones de cristianos habian sucumbido en la arena de los anfiteatros ó en los parages mas públicos de las ciudades por la crueldad de los Emperadores romanos; en las catacumbas se formó por los fieles una numerosa congregacion. El imperio floreciente en Augusto iba en decadencia visible; los mismos ciudadanos trajeron á Constantino el Grande á las puertas de Roma, quien, guiado por un misterioso signo, venció á Maxencio, y la Santa madre del Emperador triunfante corrió á Jerusalem derribando las estátuas de Adónis, Vénus y Júpiter, que respectivamente en Belen, en el Calvario y en el Santo Sepulcro habia mandado poner Adriano; y descubrió la Cruz sa-



grada en que murió el Redentor del mundo, erigiendo allí un templo tan original como extraño.

Los fieles protegidos por los decretos imperiales constituyeron ya públicamente la nueva sociedad. Las lúbricas aunque bellas obras artísticas de Apeles y Phidias eran sustituidas por el signo cristiano. La ciencia de la construcción prescrita por Vitrubio era relegada al olvido por no servir para la traza y adorno de las basílicas, y Roma invadida por toda clase de extranjeros ya germanos, ya orientales, caía con sus monumentos y para siempre, muriendo con ella el mundo antiguo, y arrastrando en su caída las artes y las ciencias del mismo, que causa la admiración de las edades.

La sociedad naciente había invocado el Cristianismo como base de su organización, y la Iglesia fue la que gozando de la paz tan deseada hechó los cimientos de una era venturosa: todo sintió su benéfico influjo. Las artes plásticas cristianas iniciadas por una pintura, el retrato de Jesús que Constancia, hermana del emperador, pidió á Eusebio, obispo de Cesarea, empezaron á sentir los efectos del nuevo estado de cosas. En 431, en Epheso, se representó á la Virgen sin el niño Jesús, y después del Concilio allí presidido por San Cirilo contra Nestesio y Pelagio, en que se reconoció la divina maternidad de María, jamás el arte ha dejado de manifestarla sin su tierno Hijo. La pasión y

muerte de éste se empezó á representar artísticamente ordenada por la Iglesia en 480, y las imágenes de los mártires se descubrieron en 494 en las Catacumbas, siendo una de las primeras la que revela en pintura mural el martirio de la Virgen Salomé y el de San Estévan proto-mártir: este arte fue el principalmente cultivado por los cristianos, pero variando los antiguos tipos de las figuras, pues era indispensable que tuviesen éstas otro carácter que el pagano, y se las dió, para que contrastasen con aquél, un espíritu de sencillez y simplicidad.

La arquitectura fue la primera que sufrió grandes é importantes modificaciones. Constantino, dueño de un gran imperio, quiso tener en el centro de sus dominios una opulenta corte consagrada por el nuevo dogma, y en Bizancio, á que llamó Constantinópolis, fundó su trono imperial, erigiendo con tan fausto motivo un templo cristiano: su deseo era que la nueva ciudad rivalizara con Roma en monumentos, y de Propontide, Tracia y otras ciudades de Oriente trajo fragmentos arquitectónicos para producir novísimas combinaciones en la construcción, tomando parte las matemáticas, la ciencia del cálculo, en la resistencia de los muros y en el empuje de las bóvedas múltiples con que se cubrieron los grandes edificios. Quería que la iglesia fuese á la cabeza de la civilización, y las artes y las ciencias desde entónces empezaron á sen-



tir el influjo de los papas y de los obispos. El *Parapetasmata*, en forma de tapiz para vestir el interior de las basílicas, se tejió ricamente con tramas de plata y oro: de este metal fueron ya todos los vasos sagrados, engastándose costosas piedras en los vestidos y ornamentos sacerdotales. Las *sedes* de los obispos estaban incrustadas con pedrería y cubiertas con planchas metálicas las partes lisas de sus lados y gradas, teniendo en el asiento almohadones recamados de oro.

Las ciencias naturales aplicadas á la curacion de las enfermedades buscaron teatro en que manifestarse y desarrollarse en 305, dentro de los asilos para asistir leprosos, cuyo instituto fundaron los caballeros hospitalarios de San Lázaro bajo la regla de San Basilio, así como también las ciencias exactas y los elementos del saber, se reorganizaron en la Universidad de Bolonia, la cual créese fundada por Teodosio bajo la direccion de hombres doctos pertenecientes al estado eclesiástico. Las ciencias químicas produjeron á mitad del siglo IV, en tiempo de San Gerónimo, la coloracion de los vidrios para las ventanas de las basílicas, según Champollion Figeac.

La orfebrería fué perfeccionando sus trabajos haciéndolos progresivamente mas decorados, como así mismo escesivamente ricos; y lo fueron tanto que una sola de las basílicas de Roma en 514, por el cálculo de Seroux de Agincourt, tuvo en bien

labradas alhajas 130 libras de oro y 1700 de plata. En España las coronas votivas de Suintila y Recesvinto, hechas en 621 y descubiertas en 1858 en Guarrazar, provincia de Toledo, revelan el impulso que la religion daba entónces á este arte, que con tal motivo se dedicó á producir tales joyas para las solemnes ceremonias de la coronacion de los reyes; y mas tarde Carlo-Magno, queriendo imitar á Constartino, logró que en las fiestas religiosas hubiese tan gran lujo que deslumbraban los trajes sacerdotales, así como las joyas y objetos destinados á las solemnidades; probando esto la rica, magnífica y bella corona de aquel emperador, que se conserva en el tesoro imperial de Viena, y el dato auténtico de que en tiempo de aquel magnate poderoso, en 748, el Papa Leon III enriqueció las iglesias de Roma durante su pontificado con alhajas labradas primorosamente, cuyo peso fué de 1075 libras de oro y 24744 de plata. Entónces los esmaltes aparecieron, tachonando las planchas de los vasos sagrados y las pixis ó Columbas eucharísticas que, colgadas en las basílicas por medio de cadenas de oro, servian para guardar el Sacramento augusto: tan precioso y delicado tabajo ha hecho para siempre célebre á la ciudad de Limóges, puesto que de ella y de casa del artífice Albon salió San Eloy, quien hizo la famosa Cruz de altar, obra esmaltada con tanto mérito que admiró á la córte de Clotario II.

Javier Fuentes y Ponte.

(Se continuará.)



## SECCION RELIGIOSA.

APUNTES HISTÓRICOS  
SOBRE LA SANTA BULA DE CRUZADA.

El último número del «Boletín Oficial Eclesiástico» de la Diócesis, trae el siguiente erudito trabajo sobre *Bula de Cruzada*, que nos apresuramos á transcribir por creerlo de mucha oportunidad, y de grande interés para nuestros católicos lectores.

## I.

*Principios de la Cruzada.*

A principios del siglo XI hallábase la cristiandad en una de las épocas mas críticas que ha atravesado desde la paz de Constantino. Por el occidente de Europa los mahometanos, dueños de una gran parte de la península, acaban de afligir á nuestros padres y de asombrar á Europa con las desastrosas victorias de aquel rayo de la guerra llamado Almanzor; por el oriente la media luna enarbolada victoriosa en las torres y minaretes de Jerusalem dominaba en el santo sepulcro de nuestro Señor Jesucristo, y adelantando diariamente con nuevas victorias, hacia temer que se apoderase pronto de Constantinopla, débil baluarte que apenas oponia resistencia, y que penetrase en Europa por aquel lado hasta unirse con los moros de nuestra España. La division de los Estados cristianos y la ambicion inquieta de muchos señores hacian

mas temible aquella desgracia, que habria sumido en insondable caos á los pueblos y á la civilizacion del Evangelio.

Empero Dios, queriendo conservar á la Iglesia y á la civilizacion que es su hija, inspiró al papa Silvestre II, reinante desde 999 á 1003, uno de esos pensamientos fecundos, que parecen un sueño imposible hasta que el suceso demuestra la posibilidad de realizarlos.

De lo alto del Vaticano salió una voz que, traspasando todas las fronteras y dominando el rumor de las rencillas entre cristianos, llamaba á los hombres de armas á ir á esgrimirlas contra los sectarios de Mahoma para reconquistar el Santo Sepulcro y formar una muralla que impidiese la invasion en Europa.

A esa voz augusta, muchos ódios se apagaron, disipáronse muchas ambiciones ó buscaron mejor objeto para satisfacerse, y se formó un ejército compuesto principalmente de genoveses y pisanos, el cual recorrió las costas de Siria, facilitando el camino á los peregrinos, animando á los fieles y conteniendo las correrias del enemigo.

Tal fué el primer ensayo de las cruzadas.

## II.

*Indulgencia de cruzada.*

Siguiendo este ejemplo, Alejandro II llamó á los cristianos á reconquistar á Sicilia caida en poder de los moros, concediendo indul-



gencia plenaria y la absolucion de sus pecados á los fieles que con verdadero arrepentimiento de ellos y espíritu religioso tomasen parte en la reconquista. Esta fué la primera concesion de la indulgencia de cruzada; bien que la espedicion no llevase todavia este nombre.

Pocos años despues San Gregorio VII, papa desde 1073 á 1083, escribia á los fieles «que las tropas mahometanas habian devastado todo el pais hasta las murallas de Constantinopla, degollando como corderos á muchos millares de cristianos,» y añadia: «es necesario que vuelen á su auxilio y sostengan un imperio que se bambolea.» Cincuenta mil guerreros se manifestaron prontos á pasar á Oriente, pero las turbulencias de Europa hicieron fracasar la empresa.

Victor III, sucesor de San Gregorio VII, levantó un ejército cristiano para ir á atacar á los moros en África, desde donde recorrian todo el Mediterráneo, enviaban socorros á España y amenazaban á la misma Roma. Una indulgencia semejante á la concedida por Alejandro II animó á tomar las armas á muchos cristianos, especialmente de Italia, los cuales, desembarcando en África, alcanzaron una brillante y milagrosa victoria, poniendo coto por algun tiempo al orgullo de los mahometanos.

La primera expedicion de esta clase, que llevó el nombre de Cruzada, fué la decretada por Urbano II en 1095 con extraordinaria so-

lemnidad en el concilio de Clermont. El nombre de cruzada á la expedicion y el de cruzados á los expedicionarios les vino de la cruz con que se distinguieron cosiéndola en sus vestidos; por igual razon se llamó indulgencia de cruzada á la concedida á aquellos soldados, que por devocion iban á defender la fé.

A esta expedicion siguieron otras hasta la octava cruzada salida de Francia en 1270 bajo el mando del rey San Luis, que murió en ella.

### III.

#### *Cruzadas españolas.*

Si importante era para la cristiandad cerrar las puertas del Oriente de Europa al islamismo, no lo era ménos rechazarlo del Occidente en donde habia entrado por la derrota del Guadalete. Aquí no habia, es verdad, lugares consagrados por Jesucristo que rescatar; pero habia que salvar la residencia del Vicario de Jesucristo, amenazada de continuo, y toda esta Europa hecha cristiana y civilizada por la Iglesia.

La grandeza y trascendencia de nuestra cruzada, poco conocidas del comun de los señores, fuéronlo por la sabiduria de la Santa Sede, que no cesó de alentar con gracias espirituales á nuestros mayores, casi al igual que hacia á los cruzados de Palestina. Siendo ménos conocidos los actos de la Santa Sede en favor de la reconquista española, y teniendo para nosotros ma-



yor importancia, creemos han de agradar á nuestros lectores las siguientes indicaciones.

En 1089 el papa Urbano II concedió jubileo plenísimo y remision de sus pecados á los fieles que ayudasen á la reconquista de Tarragona, conmutando en favor de ella el voto que algunos tuviesen de ir á Tierra Santa.

En 1109 Pascual II mandó regresar á España á los súbditos de Alonso VI que habian salido para Jerusalem, concediéndoles las mismas gracias que si fuesen, peleando contra los moros de la península. En 1113 concedió las gracias de la cruzada para reconquistar las Baleares.

Gelasio II en 1118 concedió indulgencia y remision de los pecados á cuantos muriesen en la reconquista de Zaragoza y á los que sirviesen de algo ó ayudasen á la reparacion de la iglesia y ciudad de Zaragoza.

Calixto II en 1122 concedió las mismas indulgencias á todos los fieles de cualquier pais que ayudasen á los españoles á reconquistar la pátria, nombrando comisario al arzobispo de Tarragona.

En 1148 Eugenio III concedió las indulgencias de Cruzada para los que peleasen en la reconquista de Tortosa.

Para levantar el ejército que ganó la victoria de las Navas de Tortosa en 1212, Inocencio III mandó ayunar y hacer rogativas públicas en Roma, y concedió la in-

dulgencia á todos los fieles que tomasen parte en ella bajo las ordenanzas de nuestro rey Alfonso VIII.

Jaime el Conquistador para ir á Mallorca, y San Fernando para entrar en Sevilla solicitaron y obtuvieron la indulgencia de cruzada.

Clemente IV volvió á concederla para toda España en 1265, nombrando para su predicacion un comisario para Castilla, otro para Aragon y otro para Valencia. Otra cruzada española se predicó en 1275.

A instancias de Fernando IV de Castilla y de Jaime II de Aragon la concedió Clemente V en 1309 para tres años y juntamente el tercio de las rentas de la Iglesia. En 1317 renovó estas gracias el Papa Juan XXII.

Volvió á concederlas Benedicto XI en 1340, y Clemente VI las renovó en 1344.

Calixto III concedió la cruzada á Alfonso V de Aragon y á Enrique IV de Castilla en 1455, y Pio II la prolongó en 1458.

Sixto IV renovó la concesion en 1478, 1479, 1481 y 1482, y su sucesor Inocencio VIII hizo lo mismo en 1485.

De este modo la Santa Sede sostuvo con el auxilio del Cielo el valor de los españoles, y en las ocasiones mas criticas les hizo venir socorros de las naciones extranjeras. Así la pátria quedó libre de los agarenos en 1492, cayendo Granada, último baluarte de la moris-



ma, en poder de los Reyes Católicos.

#### IV.

#### *Cruzadas españolas despues de la reconquista.*

Mal avenidos los mahometanos que capitularon en Granada con los ócios de la derrota sufrida, se levantaron en las Alpujarras y otros lugares, probablemente de acuerdo con los judios y moros del Africa, para recobrar lo perdido. Aquel movimiento de insurreccion, ahora poco considerado, debió inspirar terror en los primeros momentos en que se ignoraban las alianzas y los medios con que contasen los sublevados. Acudió el Papa á animar á los españoles con las bulas de cruzada de 1503 y 1504.

En 1509 se acometió la campaña de Africa tan recomendada por Isabel la Católica en su admirable testamento, con cuyo motivo Julio II concedió la bula de aquel año renovada en 1519.

Clemente VII la concedió varias veces á Carlos V, no obstante los motivos de queja que tenia de dicho monarca, para ayudarle en la guerra contra Barbaroja y contra Túnez.

La guerra contra los moros se continuó hasta los últimos tiempos por los españoles, ya en la península contra los moriscos, ya en Africa, ya en el Mediterráneo, de lo cual es buena prueba la victoria de Lepanto. En estas circunstancias los reyes acudieron á los Pa-

pas pidiendo las indulgencias y gracias de la cruzada, y los Papas las concedieron con algunas intermitencias ó suspensiones, pudiendo anotarse las concesiones de Paulo III en 1537 y 1544, de Julio III en 1555, de Paulo IV en 1559, de Pio IV en 1563 y de san Pio V en 1571. A fin de mover con mas eficacia á contribuir á la guerra contra el moro, Paulo III suspendió las demás indulgencias para mientras durase la cruzada, adoptándose luego esta costumbre por los Papas que le sucedieron.

Al principio concediéronse las indulgencias solo á los que iban á la guerra, pero despues se ampliaron en favor de los que contribuyesen á su mantenimiento con limosnas, sin señalar la cuantía de éstas. La primera bula en que se tasa cual ha de ser la limosna, es la de Clemente VII de 24 de Agosto de 1529. Paulo III en 1543 señaló varias tasas para las varias calidades de las personas. San Pio V facultó al comisario de Cruzada para señalar lo que habia de satisfacer cada clase de personas segun sus haberes.

Gregorio XIII en 1573 redactó la bula consignando en ella todas las gracias acostumbradas y las que Su Santidad concedia, cuya fórmula se ha repetido en las nuevas concesiones hasta que en 1849 la modificó Pio IX. Gregorio XIII atorgó además la gracia de que pagando el doble de lo señalado á la clase de cada uno, ó tomando dos



bulas, se puedan ganar dos veces todas las indulgencias.

## SECCION LITERARIA.

### TIERRA-TRAGONA (\*).

(CUENTO).

A MI AMIGO Y CONDISCÍPULO D. MIGUEL DEL PEROJO.

#### I.

A principios de mayo del año de 1601 no se hablaba de otra cosa en la ciudad de Valladolid, Corte á la sazón de Felipe III, que de la real cédula mandando inventariar toda la plata labrada existente en la monarquía (famoso recurso con que el duque de Lerma esperó remediar la pobreza de España), y de las escandalosas aventuras de D. Guillen Calleja.

Era el D. Guillen mozo como de veinticuatro años, de buen talle y malísima cabeza, hijo de un indiano poderoso, que, después de haber tenido siempre para el muchacho tirante la rienda y cerrada la bolsa, cometió la imprudencia de morirse, dejándole heredero de un inmenso caudal y dueño absoluto de sus acciones. Calleja se lanzó á los placeres como se lanzaría por la llanura el potro lleno de sangre y de brío que, harto de tascar el freno, lo sintiera caer repentinamente partido en pedazos. Su vida era una orgía sin término, y se deslizaba entre galanteos de todas especies, juegos de azar y desafíos, sin darle tiempo para comprender el peligro de su fortuna, el de su salud, ni el de su alma, el mayor y más irremediable de todos.

En aquella época, que el teatro suele presentarnos tan lleno de poesía, significaba bien poca cosa una estocada (en el pellejo de un pelafustan, se entiende), y mientras el Sr. D. Guillen, espadachin que podía dar quince y falta al mismísimo Don Francisco de Quevedo, se limitó á acuchillar matones y tahures, pudo contar con el

(\*) *Revista Contemporánea.*

cuidadoso descuido de la por antífrasis llamada justicia, siempre dispuesta á cerrar los ojos cuando la invitaban á abrir las manos para no retirarlas vacías. Pero es el caso que el diablo, que no duerme (y bien se echa de ver), entabló una competencia amorosa entre nuestro héroe y cierto sobrino de D. Pedro Martin de Andueza, médico del privado de S. M.; competencia que originó un duelo entre ambos rivales, y duelo que costó al susodicho sobrino no ménos que la vida. Quería el médico al hijo de su hermana más que á las niñas de sus ojos; tenía el de Lerma al D. Martin ese temeroso afecto que debe inspirar un médico de cabecera; y el rey, que encontraba muy bien todo lo que hiciese su privado (como á él no le produjera el trabajo más pequeño), firmó una orden, en la cual, mirando por la salvación del hijo del indiano, se le mandaba buscar, confesar y ahorcar en el preciso plazo de tres horas. El alcalde encargado de dar cumplimiento á tan suave resolución, y que debía tener grandes consideraciones que guardar al desventurado Calleja, fuése á él y le dijo: «El rey me ordena prenderos para que os ahorquen: soy tan agradecido amigo vuestro como súbdito fiel y leal de mi soberano.... Apretad á correr y procurad libraros de mis uñas en los cinco minutos de delantera que os concedo: pasados que sean estos, donde os atrape allí os ahorco.»

Don Guillen, que malditosi tenía la menor gana—tan naturalmente modesto era—de ponerse en evidencia ante todo Valladolid, llenóse de oro los bolsillos, montó en su mejor caballo y salió de la ciudad al paso que el lector discreto puede imaginarse.

#### II.

Cabalgó el insigne cavatrueno toda la noche sin saber á dónde ni por dónde iba, y cuando ya comenzaba á alborear y á dilatársele un tantico el corazón con la esperanza de que su protector no le echase el guante, el caballo, cubierto de sudor y



de espnma, dió claros indicios de no poder continuar su carrera. Clavóle una vez más las espuelas el receloso ginete; el noble animal hizo un último esfuerzo, y reventó derribando á D. Guillen; el cual, al cabo de un buen rato y todo lleno de chichones y cardenales, se levantó y miró en torno suyo, agradabilísimamente sorprendido de no descubrir sombra de alcalde ni asomo de corchete.

El día era tan espléndido, que D. Guillen, aunque mal dispuesto para semejante género de observaciones, notó á favor de los raudales de luz que el sol derramaba por los campos, que el paisaje nada tenía de comun con los áridos yermos de Castilla la Vieja. Y sin embargo, en cuatro ó cinco horas no podía haberse alejado mucho de la ciudad de Pisuegra, aun andando á verdadero *mata-caballo*. Calleja se encontró en medio de un fresco y amenísimo valle, adornado de toda suerte de árboles y flores, y en cuyo fondo y á distancia que sin gran fatiga podía salvarse á pié, se alzaba una soberbia poblacion completamente desconocida para el fugitivo, quien más de una vez había recorrido todos aquellos contornos cazando aves acuáticas en las lagunas y persiguiendo por el llano liebres y perdices.

—¿Qué pueblo es ese?—preguntó á un labriego que pasaba.

—Tierra-Tragona,—le contestaron.

El nombre, que extrañó bastante á D. Guillen, le dejó aún más sorprendido que el aspecto de la poblacion; pero necesitado de reposo, esperanzado, al mismo tiempo, de encontrar allí dónde esconderse á las pesquisas de su amigo el alcalde, avanzó resueltamente hácia Tierra-Tragona, y pronto se vió dentro de ella.

### III.

Si de léjos atraía Tierra-Tragona, de cerca acababa de seducir los ojos y el ánimo: D. Guillen no había visto en su vida nada semejante. La ciudad, por la riqueza de sus edificios, por la anchura de sus calles, por la arrogancia de sus monumen-

tos, excedía hasta á lo que en sueños embelesa á las veces nuestra imaginacion excitada. Y contribuía á aumentar el atractivo la circunstancia de ver al mayor número de los habitantes lucir lujosísimos trajes, el gozo retratado en todas las fisonomías, aun en las de aquellos que, perteneciendo á la ínfima clase, no por eso dejaban de sentir la animacion de los demás.

—¿Se celebra hoy por acá alguna fiesta? ¿Es el día del patron del pueblo?

La moza á quien D. Guillen dirigió las anteriores palabras, y que escondía en la mano una sortija, cuyo áureo brillo contrastaba con lo andrajoso de su arreo, le miró con cierta sorpresa y le replicó:

—No, señor; hoy es para nosotros un día lo mismo que otro cualquiera. Este es el país de la alegría; aquí no hay nunca penas, ni motivos para que nadie se ponga triste.

Y apretando la sortija en el puño y mirando de reojo á D. Guillen, la moza se alejó cantando y saltando alegremente.

### IV.

Iba Calleja recorriendo calles y plazas, admirándolo todo y sin acertar á comprender por qué llevaría nombre tan feo poblacion tan agradable, cuando, volviendo atrás dos ó tres pasos, al tropezar con una persona que avanzaba en direccion opuesta á la suya, abrió desmesuradamente los ojos, lanzó un grito, un horrible grito de espanto, y retrocedió hasta el quicio de una puerta, en que quedó como clavado y embutido.

¿Qué había visto Calleja?

Un hombre lleno de juventud y de robustez, bizarramente vestido, con el semblante rebosando contento, había vacilado de pronto, la tierra se había abierto bajo sus plantas y héchole desaparecer.

Varios de los que pasaban por la calle observaron el suceso, dedicaron algunas palabras á comentarlo, y la animacion, apenas interrumpida un instante, volvió



á bullir en el lugar mismo de la ocurrencia.

Este indiferentismo no horrorizó ménos á D. Guillen que el hecho en sí, y no tuvo fuerzas para moverse del sitio donde estaba como escondido y á cubierto casi de las miradas de todos.

Algo mas sosegado ya, escuchó las palabras que en una cercana reja cambiaban una hermosísima dama y un apuesto galán, y por ellas vino en conocimiento de que la dama daba noticia á su interlocutor de la próxima ausencia del marido, y ambos convenían en verse aquella noche aprovechando su inmerecida confianza. Aún estaban hablando y mezclando requiebros y ternezas con las burlas hácia quien tan cruelmente ofendían, cuando la tierra vuelve á abrirse de pronto, trágase al galán, la dama lanza un grito, serenándose luego poco á poco sin dejar la ventana siquiera, y los escasos curiosos detenidos por el lance se encogen de hombros, prosiguiendo su marcha en distintas direcciones.

D. Guillen quiso salir de su escondite y huir de la ciudad á toda prisa, pero no pudo; y pasado un momento, llegó á sus oídos el diálogo que junto á él sostenían dos hombres de repugnante catadura. Preguntábanse mutuamente, como amigos que en algun tiempo no se hubieran visto, por la vida que llevaban. El uno tenía juego en su casa, y sacaba muy buena renta, estafando con sutiles trampas á los infelices que acudían al garito; el otro prestaba dinero á hijos de padres ricos, á condicion de cobrar diez veces la cantidad entregada cuando muriese el padre, arruinando y desmoralizando las familias á un tiempo mismo. Ya se separaban calculando alegremente las ganancias del día, cuando al obrero le sucedió lo que al transeunte y al adúltero, sin que por eso dejase de dirigirse á sus quehaceres su amigo y camarada.

Y esto que vió D. Guillen en los casos referidos, tornó á advertirlo, sin moverse de su observatorio, ya en la mujerzuela

de mala vida que llena de inútiles afeites y de miserable lujo pasaba por la calle confiada y tranquila, pensando en todo ménos en la enmienda de sus pecados; ya en el maton asalariado que con indigno valor suyo suplía el vengativo miedo de los demás; ya en el mozo disoluto y aturdido para quien no hay camino malo como conduzca al placer; ya en el miserable ladrón, eterno espía de los descuidos ajenos...

Todo lo presenciaba el forastero lleno de confusion y de angustia, y al fin su inteligencia y su corazón, herido por tantas y tan diversas impresiones, permitieron formular á su lengua el variado conjunto de ideas y sentimientos que le asaltaban en tropel.

—Pero esta gente, que no tiene nunca la vida segura; esta gente, que debe esperar la muerte á todas horas, segun lo que observo á cada paso, ¿cómo puede permanecer en tan espantoso desorden? ¿Cómo no piensa en arrepentirse y enmendar sus desaciertos?

Una mano que se posó blandamente sobre uno de sus hombros, le hizo volverse y encontrarse con un anciano religioso, el cual salía de la puerta donde estaba apoyado D. Guillen, y que era la de un convento de Dominicos.

—Y dígame, hermano (preguntó el fraile á nuestro caballero): vuesa merced ¿en qué tierra ha nacido?

—Yo, señor, soy hijo de Sevilla... y ahora residia en Valladolid...—balbuceó Calleja bastante sorprendido de que álguien hubiese escuchado sus pensamientos.

El fraile prosiguió:

—Y aquellas ciudades ¿están libres del peligro que tanto os espanta en ésta? ¿Allí tiene alguno asegurada la existencia? ¿Allí no hay quien entregado al vicio, pasa la vida sin sospechar que la muerte puede asaltarle cuando ménos lo espere, y en lo bien que le estaria enmendar su conducta?

Las palabras del Dominico arrancaron al desatentado mancebo el velo de igno-



rancia que cegaba los ojos de su razón, y le permitieron verlo y juzgarlo todo con claridad desconocida.

Arrojóse á las plantas del fraile, y cubierto de vergüenza y valerosas lágrimas de arrepentimiento, le pidió confesion y tranquilidad para su alma.

Ambos entraron en el convento. Cumpliéronse los deseos de D. Guillen, y refugiado en aquella santa casa, sus pensamientos fueron inclinándose á pasar el resto de sus dias con aquellos buenos religiosos, temiendo lanzarse de nuevo al alborotado mar en que tan terrible borrasca habia corrido. Una vez experimentada su vocacion en el año del noviciado, Calleja tomó el hábito, y es fama que, recorriendo las calles de la ciudad disoluta y salvadora, envuelto en un tosco sayal, pero gozando el mayor de los placeres en la satisfaccion de su conciencia, el antiguo pecador esperaba con tranquilidad, sin el menor miedo, con alegría más bien, que el deleznable suelo de Tierra-Tragona se abriese bajo sus plantas.

*Carlos Coello.*

### SECCION DE NOTICIAS.

Han fallecido los Sres. Palma y Villena, deanes respectivamente de las catedrales de Cádiz y Jaen, y el que lo era de Seo de Urgel ha sido nombrado tesorero de la metropolitana de Granada.

—Vacante la prebenda Penitenciaria de la santa pátriarcal Iglesia de Sevilla por promocion del Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Gonzalez Sanchez á la mitra de Jaen, se han fijado los edictos para su provision, mediante oposiciones que se verificarán despues del dia 18 del próximo febrero. Los teólogos tomarán puntos para los ejercicios

escolásticos en la 2.<sup>a</sup> 2.<sup>oa</sup> de la suma de Santo Tomás, y los canonistas en los cinco libros de las Decretales.

—Ha producido gran sensacion en Alemania un reciente decreto del tribunal de Warbarg (Wesfalia.)

Conocidas son las draconianas leyes de Mayo que prescriben, entre otras cosas, que á una parroquia sin pastor no puedan llevar auxilios espirituales los Sacerdotes mas próximos; sabido es que, segun estas leyes, esos Sacerdotes no pueden bautizar, casar, decir Misa, ni auxiliar á un moribundo, sin ser perseguidos por los tribunales de justicia.

Pues bien: el tribunal de Warbarg, compuesto entre otros del presidente Weinhgerner, de los jueces Engew, Kellerkof, etc., ha sobreseido la causa formada al Sacerdote Krieveld de Neunherse, que habia llevado los Sacramentos á un moribundo en la parroquia sin pastor de Oringenberg, declarando que un eclesiástico, en virtud de su carácter de Sacerdote, puede llevar los Sacramentos á cualquiera, cuando le sean reclamados.

La necesidad de reformar las leyes de Mayo se empieza á sentir en Alemania aun entre los mismos elementos liberales.

—En una reunion celebrada en París el domingo pasado, el ciudadano Calvinach, ex-candidato á diputado á Córtes, se espresó en los siguientes términos:

«Dios y Satanás no son mas que



entidades filosóficas, y si existiesen, no debería adorarse á Dios, sino á Satanás, puesto que Dios prohibió á Satanás tocar el árbol de la ciencia.

»Dios es el oscurantismo, el mal.

»Satán es la ciencia, el bien.»

¡Y pensar que los hombres que hoy mandan en Francia están apoyados por mónstruos como Calvinah!

—El ministro de lo Interior de Italia ha enviado á las Cámaras una relacion de los servicios prestados por su departamento desde 1.º de abril de 1876 al 31 de Octubre de 1877. En dicha relacion se leen las siguientes aterradoras cifras que se refieren á la seguridad pública:

Homicidios consumados y seguidos de muerte, 3.360.—Tentativas de homicidios no seguidos de muerte, 2.743.—Heridas graves, 10720.—Robos á mano armada, con homicidio, 124.—Robos á mano armada, sin homicidio, 4071.—Estorsiones, raptos de personas, etc., 1.082.—Robos calificados, 56.873.—Total de crímenes, 78.873.

Este total es lo conocido. ¿Cual será la cifra desconocida? Solo Dios lo sabe.

A nosotros ciertamente no nos maravilla esta corrupcion en un pueblo en cuyos Códigos fué borrado el nombre de Dios.

Al mismo tiempo que la Cámara italiana, en obsequio de los asesinos, sancionaba el decreto aboliendo la pena de muerte, un tribunal de Italia, el de Liborno, absolvía y

dejaba libre de proseguir su horrible tarea al periódico impío *El Ateo*, cuyas blasfemias y obscenidades sacrílegas son de tal naturaleza, que las mismas autoridades italianas se creyeron en el deber de llevarle á los tribunales.

Y si hoy gozan de libertad en Italia los asesinos y los blasfemos, ¿qué extraño es que la criminalidad aumente en proporciones que ponen espanto en el ánimo más sereno?

—Se ha repartido el prospecto de *La Ilustracion Venatoria*, que se publica en Madrid, en 24 columnas de gran fólio, de bella edicion, con magníficos grabados de caza y pesca. Cuesta en Madrid como en provincias, 6 pesetas el trimestre, 12 el semestre y 24 al año. Pero se alcanza una considerable rebaja si se hace el pedido directamente á la Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid), enviando al mismo tiempo 20 pesetas en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, pues así se obtiene la suscripcion por un año.

Resúmen de las materias que contiene este número:

SECCION DOCTRINAL.—*¿Merecen llamarse cristianos los que injurian, ridiculizan ó no dan el honor debido al sacerdote católico?* III, y último, por D. Manuel Gonzalez y Francés.—*Las Ciencias, las Artes y el Catolicismo*, por D. Javier Fuentes y Ponte.—SECCION RELIGIOSA.—*Apuntes históricos sobre la Santa Bula de Cruzada*.—SECCION LITERARIA.—*Tierra-Tragona* (cuento).—SECCION DE NOTICIAS.

Est. tip. LA ACTIVIDAD,  
Liceo, 41.